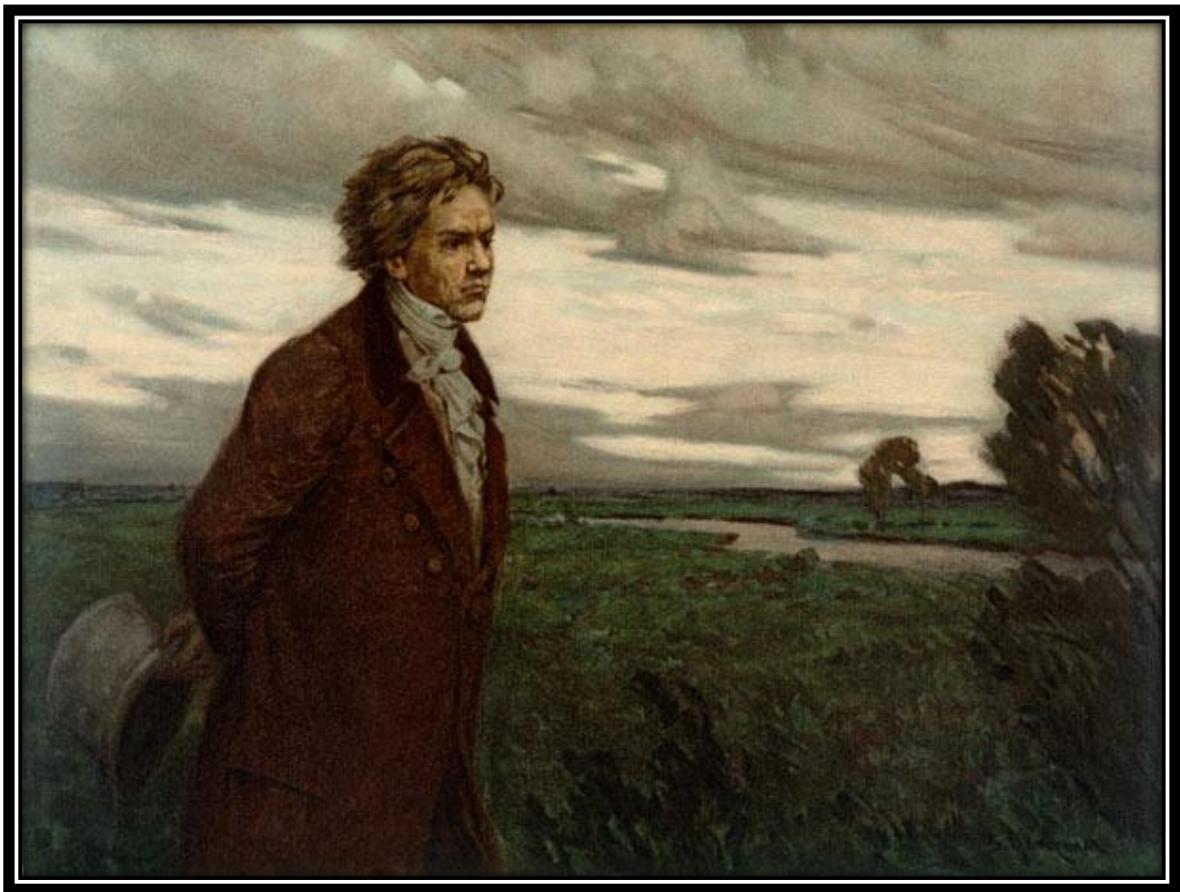


Alejamiento de la realidad inmediata



Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô 2019

Dicen que la abstracción en la que se refugiaba Beethoven mientras estaba sumido en el proceso de su creación musical era tal que, saliendo a caminar por los alrededores de su ciudad, perdía la noción del momento, olvidando que habría de regresar a su hogar lo cual, pasado un tiempo más que prudente desde su partida y habiéndose distanciado en exceso, le supondría un grave problema, pues el camino de vuelta a casa sería más que considerable y sus fuerzas, las justas.

¿Dónde estaba el maestro mientras raudo y veloz, moviendo manos y brazos como si de un director de orquesta se tratara, dejaba su estudio para caminar sin freno por veredas, caminos, calles o bosques...?

Beethoven perdía la conciencia de su presente adentrándose en un espacio intangible: el de la creación artística, un lugar donde aislado de todo y de todos sabría dar forma a sus increíbles composiciones.

También Balzac -cuenta Stephan Zweig en su libro *El misterio de la creación*- al ser interrumpido por la voz de un amigo que reclamaba su presencia cuando el escritor se encontraba en pleno éxtasis creativo, salió azorado, casi tembloroso y emocionado, porque una de las protagonistas de su última novela acababa de fallecer.

Sí, una de las piezas del rompecabezas de su imaginación había abandonado, finalmente, la obra en la que trabajaba el autor.

Balzac, con el corazón en un puño por la pérdida de semejante "*hija literaria*", no había tenido tiempo aún de olvidar y desconectar de su actividad creadora hasta que, ayudado por el realismo de su viejo conocido, pudo retornar al mundo de los vivos y, juntos, salir de su domicilio para acudir a tomar el café vespertino.

Puede decirse que, al igual que Beethoven hiciera con el ejercicio de la música, también Balzac vivía dentro de sus novelas, olvidando su inmediatez, sufriendo los avatares que acontecían a sus protagonistas, disfrutando de sus logros, amando, odiando y muriendo junto a ellos.

Leyendo estas anécdotas recogidas en el libro del escritor austriaco me acordaba de aquel maestro querido quien, pleno de energía, lúcido en sus comentarios y libre en sus ejecuciones, nos transmitía su arte desde algún lugar que yo desconocía pero que, desde la lejanía, podía llegar a intuir.

En efecto.

Cada tarde, como sucediera en los últimos años, el *Sensei* asistía puntual al *keiko*, dejaba abandonada su realidad en el vestuario del *dôjô*, vestía con elegancia un *uwagi* azul que ajustaba a la cadera con un *obi* negro, humilde, lacio, deshilachado, portando sobre él una *hakama* negra con sus *himos* -cintas- perfectamente anudados y los *hidas* -pliegues- en perfecto estado de revista.

Su sola presencia en el tatami desataba la lucha interminable: un ruido de sables que inundaba aquel espacio sagrado. Las armas cruzaban sus cuerpos entre sí, se

escuchaban gritos ensordecedores, se articulaban palabras que pretendían atrapar lo imposible, se mantenían silencios valientes -ésos silencios capaces de asumir precisiones, detalles menores, estados de ánimo que un maestro sabe observar y que hay que aprender a sumar al trabajo diario, para acercarlo más y más a la perfección que deseamos.

Finalizado el *keiko* regresábamos a nuestra cotidianeidad. Algunos marchaban a convivir con los problemas más habituales; otros, a la carga pesada de la responsabilidad laboral o familiar; unos pocos, los más jóvenes, a los libros, al horizonte de sus estudios, a dar consistencia a su futuro.

Con sigilo, el *Sensei* nos decía adiós tímidamente dirigiendo sus pasos hacia el que entonces era su hogar, pero ya no llevaba en sus ojos la firmeza mostrada durante el *keikô*; sus gestos ya no expresaban la determinación manifestada momentos antes; sus últimas palabras no resultaban enérgicas, firmes, decididas, todo lo más se transformaban en expresiones precisas y entrecortadas.

A pesar de que el destino había truncado la vida de aquel hombre de *Budô*, también él -como Beethoven o Balzac- experimentaba cada tarde su propia transformación, mientras se entregaba plenamente al ejercicio de su arte.

Sí. Lo hacía; abandonando su inmediata realidad para visitar espacios de libertad y creación: otros lugares posibles donde transformar su dolor, en amor; su desaliento, en pasión; su soledad, en comunicación; su incredulidad, en confianza; su desasosiego, en serenidad.

Decía Honoré de Balzac que en el trabajo olvidaba sus sufrimientos. Yo siempre he creído que nuestro maestro utilizó el *Budô* que amaba para superar con éxito aquella ingrata barrera que la vida le obligó a franquear.

Kenshinkan dôjô 2018